

para cooperar al sitio de Calvi y á la demostración contra Bastia.

La situación de Carlos V se iba haciendo insostenible; nada le salía bien. Trató de liquidar su empresa colosal de imperio europeo, y en 1556 firmó la tregua de Vaucelles (5 de Febrero), preludio de su abdicación, encargando á Fernando que á toda costa hiciera la paz con los turcos.

¿No era aquella tregua de Vaucelles una nueva defección de Francia respecto á su aliado turco? Enrique II se apresuró á dar explicaciones al papa Pablo IV, enemigo acérrimo de España, y al sultán. Le dijo á éste que no había firmado la tregua más que para aleptar á Carlos V á la abdicación, y no tener que habérselas más que con su hijo, «muy dado á los placeres, voluptuosidades y delicias, y poco experto en cosas de importancia... poco emprendedor y no muy buen guerrero» (13 de Noviembre de 1556). Carlos V había contado con Enrique II para arreglar la tregua entre Turquía y Fernando, y ocurrió al revés: Codignac fué invitado á hacer cuanto pudiera para evitar la pacificación (Mayo de 1556).

DESCONFIANZAS QUE INSPIRABAN AL SULTÁN LAS NEGOCIACIONES ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA.—Las habilidades políticas de Francia habían hecho desconfiar á la Sublime Puerta. Por otra parte, se preguntaba á quién correspondería Nápoles. Si fuese á Francia, se había acabado la piratería otomana. Ya le parecía demasiado poderoso el nuevo rey de Francia. Sin embargo, como los turcos sufrieron una derrota en Hungría y las galeras de España hicieron una ruidosa aparición en el Archipiélago, experimentó el sultán una brusca mudanza de ideas. El mismo De la Vigne, enviado por Enrique II para dar explicaciones á Solimán sobre la tregua de Vaucelles, fué mandado á Francia por el sultán para que insistiera cerca del rey á fin de que rompiera la tregua (Mayo de 1557). Ya lo estaba hacía cerca de un año. Sobrevino el desastre de San Quintín (10 de Agosto), y á la primera noticia de esta derrota Solimán mandó decir al embajador de Francia «que su rey no debía desmayar en modo alguno, y que no le faltaría nunca la ayuda del Gran Señor».

Quiso Enrique II aprovechar tan buenas disposiciones, y por conducto de De la Vigne le pidió una diversión en Hungría, una escuadra que inviernara en el Mediterráneo, tropas de desembarque en el reino de Nápoles y un préstamo de dos millones en oro. Los turcos se excusaron de romper la tregua con Fernando, á la cual no se habían resignado hasta después de ser la de Vaucelles. Á la demanda de préstamo respondieron «que su religión les prohibía prestar dinero á los cristianos y demás enemigos de su ley y que los otomanos acostumbraban más á ayudar y socorrer á sus amigos y aliados con sus fuerzas y personas que con su dinero». Respecto á lo demás, aunque temían que el rey «tuviese muy adelantado su tratado de paz», se enviaría la armada «más poderosa que haya salido de nuestros puertos», pero no para invernar, porque la de 1543 había padecido mucho en Tolón. La escuadra iría directamente á Córcega (Diciembre de 1557).

Con razón recelaban los turcos que el rey tuviese muy adelantado el tratado de paz. Todas las potencias de Occidente estaban cansadísimas de la guerra. Todavía hubo una campaña, señalada por la toma de Thionville y la batalla de Gravelinas. Las operaciones de los turcos se limitaron á una demostración contra Gaeta, á una diversión, realmente muy útil, en las costas ligurias y un desembarque en la isla de Menorca. Las intrigas y los regalos de Génova aceleraron la retirada de su escuadra. La corte de Francia se quejó de ello, denunciando á Pialé. El sultán prometió una compensación: al año siguiente dirigiría personalmente una campaña contra Hungría. El 15 de Octubre de 1558 se inauguraron las conferencias de Cateau-Cambresis. Como Enrique II necesitaba á los príncipes alemanes para alcanzar la sesión de los Tres Obispados, mandó desmentir á voces, en la dieta de Ratisbona, todo concierto de Francia con el turco. «Pone á Dios por testigo de que ni su difunto padre ni él han entrado jamás en tratos y alianzas con el susodicho turco.» Al mismo tiempo, como necesitaba que los príncipes alemanes no ayudasen á Fernando ni contra él ni contra Solimán, rogó al sultán que escribiese á los Electores que «era y quería ser amigo del

Santo Imperio, y que la guerra que iba á emprender contra Fernando no tenía por qué agraviar á dicho Santo Imperio» (Noviembre de 1558). Y el bueno del sultán escribió la carta pedida (7 de Febrero de 1559).

La paz de Cateau-Cambresis se firmó el 3 de Abril de 1559. Enrique II trató de justificar aquella especie de defección con una supuesta paz firmada antes por el Padishah. Alegaba que éste le había obligado á ceder ante los españoles, porque le había echado encima todas las fuerzas de Alemania. No había hecho más que «imitarle». La verdad era que la paz austro-turca no se había firmado; Busbecq había sido internado otra vez en la Columna Quemada, donde seguía sus estudios de historia natural y de filología. De la Vigne advirtió aquel error á la corte. «Como esta paz... no se ha acordado, no puedo invocarla como argumento ante éstos, que no son completamente imbéciles.» El sultán acogió de muy buen grado la comunicación que le hizo De la Vigne del tratado francés. Recibió al embajador en audiencia solemne con el de Austria, dejándole pasar antes que á éste. Manifestó al francés que se alegraba mucho de ello. Sin embargo, añade De la Vigne en su informe al rey, Su Alteza «quiere advertiros que vigiléis y no os fiéis del todo de que quien fué tanto tiempo vuestro mortal enemigo pueda ser amigo afectuoso».

RELACIONES DE FRANCIA Y SOLIMÁN EN TIEMPO DE LOS HIJOS DE ENRIQUE II.—El tratado de Cateau-Cambresis y luego la muerte de Enrique II introdujeron un hondo cambio en las relaciones entre ambos países. El mismo De la Vigne escribía á Francisco II que «valdría más entenderse con los alemanes que con estos perros bárbaros, que son la gente más insolente del mundo y merecería ser apaleada». Sin embargo, el sucesor de Enrique II tuvo interés en enterar al sultán de que en nada habían variado los asuntos del reino. Si Francia y Turquía dejaron de ser aliadas, siquiera no se convirtieron en enemigas. No hubo, como en tiempo de Francisco I, asomos de pensar más en las cruzadas: la situación privilegiada que ocupaba Francia en el imperio otomano le impedía imaginar semejantes locuras. Casi sin inte-

rrupción hubo embajadores ó ministros franceses en Constantinopla, pero ya se había acabado el gran período de la alianza franco-turca.

PAZ ENTRE TURQUÍA Y AUSTRIA.—El mismo Solimán había perdido mucho de sus primeros ardores. Había llegado la edad proveya y también el cansancio después de tantas campañas dirigidas personalmente contra los infieles del Norte y los herejes de Persia. Desde 1559 hasta 1562 la guerra de Hungría fué muy floja. En Agosto de 1562, Busbecq, puesto en libertad, firmó con el gran visir Ali-Bajá unos artículos, que fueron ratificados en Praga el 1.º de Junio por el emperador Fernando; éste consentía de nuevo en pagar el tributo de 30.000 ducados, renunciaba á todas las plazas de Transilvania, prometía entenderse con la reina Isabel respecto á las plazas húngaras y otorgaba una amnistía á los señores magyares. Por ambas partes se ordenaría á los comandantes de las fronteras exacta observación de la paz; todo el que se apoderase de una plaza sería condenado á muerte y la plaza restituida en el acto. Había que acabar con aquella guerra interminable. «Ya sé—había dicho Ali-Bajá á Busbecq—que mi anciano señor necesita descanso, pero no lo necesita menos el emperador... no hay que llamar al combate al león dormido.»

SITIO DE MALTA.—Aquello no puso término á los incidentes fronterizos ni á la piratería. Además, España no había entrado en la paz de 1562. En 1560 los españoles habían quitado á Dragut la isla de Djerba, pero Pialé, el 14 de Mayo, destruyó frente á esta isla 22 barcos de guerra cristianos y con ayuda de Dragut reconquistó la fortaleza (31 de Julio). En 1565, mandando una escuadra de 191 velas, tripulada por unos 30.000 soldados á las órdenes de Mustafá-Bajá, puso sitio á Malta (19 de Mayo). El 16 de Junio fué muerto Dragut. La caída del puerto de San Telmo costó tan cara á los turcos, que Mustafá no pudo dejar de decir: «Si el hijo nos ha costado tan caro, ¿con qué sacrificios tendremos que comprar al padre?» El sitio duraba cuatro meses; los sitiadores habían perdido cerca de 20.000 hombres; el 11 de Septiembre volvieron á embarcarse. El rei-

nado de Solimán había empezado con un triunfo contra los Hospitalarios de Rodas, y parecía que iba á terminar con un fracaso contra los Hospitalarios de Malta.

ULTIMA CAMPAÑA DE SOLIMÁN; SZIGET.—Nuevos incidentes fronterizos habían encendido la guerra entre el sultán y el emperador Maximiliano. El sultán había llegado á Semlin, cuando Segismundo Zapolya, hijo de la reina Isabel, precedido de magníficos presentes, fué á rendirle homenaje. Tres veces dobló la rodilla ante Solimán, y tres veces le levantó éste, dándole á besar su mano y llamándole hijo queridísimo. Al despedirse le dijo: «Cuida de proveerte de soldados, plomo, pólvora y plata, y si necesitas algo no dejes de decírmelo.» En Semlin también dió audiencia el Padishah á Guillermo d'Aube, embajador de Francia, que le llevaba las felicitaciones de Carlos IX. Aube, que era protestante, dió la enhorabuena á Zapolya por haber abjurado del catolicismo.

Defendía á Sziget el valiente Zriny, que mandó erigir una cruz encima de la fortaleza, tapizar con paños rojos las murallas, revestir la torre grande con chapas de plata y saludar la llegada del sultán con un cañonazo. Cuando ya no pudo defender la ciudad la quemó y se refugió en la ciudadela. Rechazó tres asaltos. Una mina que se había socavado hasta debajo del baluarte mayor reventó el 5 de Septiembre por la mañana. La noche siguiente murió Solimán. Sus últimas palabras fueron: «¿No se oye el redoble del tambor que celebra la conquista?» Murió sin haberlo oído. Según costumbre, los visires ocultaron cuidadosamente su muerte. El 8 de Septiembre, Zriny, que no conservaba más que la torre grande, mandó cargar todos los cañones de metralla hasta la boca, y entre la humareda de la descarga se precipitó entre lo más apretado del ejército turco, y allí pereció. Á los pocos momentos, como Zriny había cuidado de colocar una mecha en el almacén de pólvora, saltó la torre, sepultando á 3.000 turcos entre sus escombros. Como Du Guesclin en Chateaufort-de-Randon, Solimán venció después de muerto. Había abreviado su existencia aquella última campaña contra los infieles, la décimasexta, que mandaba personalmente. Á los 71 años,

y después de reinar 46, cascado, gotoso, se había arrastrado hasta la tierra enemiga para borrar con un triunfo postrero el recuerdo del fracaso de Malta, que le parecía una mancha en la gloria del Islamismo. Acabó según había empezado, como *Fathi*, como *Ghazi*, casi como *Chahid* (mártir de la fe).

#### V.—Organización del imperio otomano

EL KANÚN-NAMEH.—La legislación de los otomanos estaba fundada primitivamente en las *Costumbres*, que los regían en las estepas y mesetas de Asia: eran los *Aadet* (1). Después de su conversión, el primer lugar pertenece al *Cheriate*, ley religiosa de los musulmanes ortodoxos, cuyas fuentes son tres: el *Corán*, la *Sunna* y las *Sentencias* de los cuatro grandes imanes (2) que dieron origen á los cuatro ritos ortodoxos. Sin embargo, ni la costumbre nacional ni la ley religiosa podían prever todas las condiciones de la nueva existencia que la victoria iba á dar á aquel pueblo, tanto en la vida política como en la vida militar. Tuvieron que ser interpretadas y completadas por las leyes de los soberanos, llamadas *Kanún*. Desde este punto de vista, hubo en la historia otomana tres grandes periodos de legislación: las leyes y reglamentos de Ala-ed-Din, hermano de Urkhan; las de Mohammed II, consignadas en su *Kanún-Nameh*, y las de Solimán, principalmente en su revisión del *Kanún-Nameh* y en su *Kanuni-riya* (código de los súbditos). Las instituciones de los otomanos corresponden, pues, á cuatro fases sucesivas de su evolución nacional: estado de gavilla guerrera, pastoral, pagana; su transformación en pueblo adicto al Islamismo; su establecimiento en una gran capital con dominio sobre numerosas naciones cristianas; el apogeo del Estado otomano, convertido en el más poderoso de Europa y árbitro de todos los demás. Los turcos han considerado tan importantes las reformas de Solimán, que no le apellidaron, como los occidentales, el *Gran* ó el *Magnífico*, sino el *Kanuni*, ó sea el

(1) En los *Aadet* estaría seguramente la tarifa de los crímenes. El *Kanún-Nameh* de Mohammed II, como nuestras *Leges Barbarorum*, determina el precio de la sangre: por un asesinato, 3.000 aspras; por sacar un ojo, 1.500; por una herida en la cabeza, 50, etc.

(2) Malek, Hanefa, Chafel y Hanbal.

*Legislador*. Parece que sus leyes le honraron más que las victorias y conquistas con que deslumbró y aterró á los europeos.

EL SOBERANO.—El soberano ostentó sucesivamente diversos títulos, que hoy mismo conserva. Como jefe de horda turca, pagana todavía, se llama *Khan*. Convertido al Islamismo con su pueblo, tomó el título árabe de *Emir* (jefe de los creyentes). Emancipado de toda soberanía, se arrogó, en tiempo de Bayezid I, el título, árabe también, de *Sultán* (*soltan*, rey). Dueño de Constantinopla, amo de dos continentes y dos mares, no tardó en elevarse al de *Padishah* (en persa, rey de reyes, emperador). La conquista de Siria, Egipto y Arabia le hizo «Servidor de las ciudades santas» y *Califa*.

Para los occidentales era el *Gran Señor* ó *Gran Turco*; para los orientales era *Kaisar-i-Rum*, emperador de Roma, sucesor de Augusto y Constantino: para sus súbditos griegos sobre todo; los últimos cronistas bizantinos, como Ducas y Calcocondilas, le llaman βασιλεύς, título que el mismo Ducas negaba al último soberano nacional, Constantino Dragases. Era un *basileus* musulmán, y nada más; ¿pero Bizancio había tenido emperadores herejes? era un *basileus* turco; ¿pero Bizancio había tenido emperadores eslavos, armenios y medio khazaros?

GOBIERNO COMPARADO DE LOS EMPERADORES BIZANTINOS Y LOS SULTANES.—El cambio de régimen, cuando el soberano musulmán y turco sustituyó al ortodoxo y heleno, no fué tan radical como se cree. Mohammed el Conquistador pareció á los ortodoxos fanáticos *basileus* más aceptable que Constantino Dragases, partidario de la unión con Roma. La abstención y complicidad de este partido facilitaron la conquista. Se declaró Moham-

med jefe suyo, dando el báculo de patriarca á Jorge Seolarios, sucesor intransigente del intransigente Gennadios, aboliendo las últimas huellas de la aborrecida Unión y del latinismo. Conservó al patriarca ortodoxo sus antiguos privilegios y jurisdicciones, lo mandó elegir y le dió la investidura con arreglo á las fórmulas tradicionales del ceremonial bizantino, que hemos explicado oportunamente. Como el *Isapostolos* Constantino el Grande, el sultán era árbitro en materia de disciplina y casi de dogma. En tiempos de Bayezid II reanudó con Europa el comercio de las santas reliquias, garantizó al gran maestro de Rodas la autenticidad de la cabeza de San Juan, y al papa la del hierro de la Lanza Santa.

El aspecto de su corte no era muy distinto del de la antigua corte bizantina. El heredero de los jefes de los nómadas tomó de ésta la rigurosa etiqueta, con la «jerarquía sacrosanta». Las reglas del ceremonial se determinaban en el *Kanún-Nameh* con tanta precisión como en las *Ceremonias* de Cons-

tantino Porfirogeneta. Había desaparecido la sencillez patriarcal de Osmán y Urkhán. La «Sublime Puerta» ó «Puerta Imperial», y más íntimamente, «Puerta de la Felicidad», sustituyeron al «Palacio Sagrado», guardadas también «por Dios». El sultán se arrogó el título de «Sacra Majestad Imperial» de los antiguos emperadores, transformado por los occidentales en el de «Su Alteza». Mohammed promulgó el siguiente edicto, que fué una revolución completa en la manera de ser del soberano osmanlí: «No es mi voluntad que nadie coma con mi Majestad imperial; nuestros antepasados tenían costumbre de comer con sus ministros, pero la hemos abolida.» Las *sultanas* y *khatunas* turcas



Puerta de la Torre de El Mansourah

estaban severamente reclusas en el harén, pero no lo habían estado menos en el gineceo griego las *augustas* y *patricias*. Los eunucos que rodeaban al sultán y á sus mujeres no eran ninguna novedad para los bizantinos; sus emperadores y emperatrices habían tenido toda una jerarquía cortesana de castrados. Así como mandando los emperadores se habían hecho célebres generales eunucos como Narses y Salomón, reinando los sultanes también alcanzaron fama bajaes eunucos como el visir Alí, á quien seguía la victoria.

Los turcos tomaron del vocabulario bizantino las fórmulas más serviles. El sultán, como el *basileus*, era «Dueño del Universo». En su imperio, y comparados con él, no había más que esclavos (*kul*), así como en tiempo del *basileus* no había más que *δοῦλοι*. Muchas veces se indignaron los embajadores de Francia y de Inglaterra contra ciertas costumbres, como la de llevarlos á la audiencia sin espada y agarrados de los brazos por los oficiales de la Puerta, pero hemos de recordar las lamentaciones del obispo-embajador Luitprando de Cremona en el siglo X.

Indudablemente, en la organización de su imperio tomaron muchas cosas de las cortes de Bagdad, de Karakorum ó de Pekín; más tomaron todavía del imperio griego. Parecíanse mucho á los dos *domésticos de las scholæ* de Oriente y Occidente los dos *beglierbegs* de Anatolia y Rumelia; al *gran doméstico*, el *gran visir*; al *megaduque*, el *capitán-bajá*; al *gran logoteta*, el *reis-effendi*; á los demás *logotetas*; los *defterdars*; al juez de campo, *κριτής τοῦ ποσσάτου*, el *cadi-el-asker*. Sería fácil proseguir la asimilación para todas las variedades de caballerizos, monteros, porta-varas, porta-sables, porta-escudos, notarios y protonotarios, primicerios, ujieres, vestiaros, gentes de estribo, de cocina, de mesa, de cama, que pululaban en ambas cortes. En la de Bizancio, Codino había conocido ya *chauchs* y hasta un *gran chauch* (ὁ μέγας τσαούσιος), *drogmanes* (δραγομάνοι), un almirante (ἀμειράλιος, título árabe y luego otomano). ¿Qué era el *bakhchich* de advenimiento repartido á los genizaros, sino el *donativum* romano?

El sultán firmaba *hatti-cherif* y *hatti-hu-*

*mayun* como *crisóbulas* su antecesor, también con caracteres dorados, purpúreos ó azules. Como los emperadores romanos, después de un gran éxito, expedían á sus aliados y vasallos *litteræ laureatæ*, el sultán anunciaba con *cartas de victoria* la conquista de Egipto ó la toma de Rodas.

En provincias no era grande la diferencia entre el *tema* bizantino y el *sandjak* otomano; entre el *estratega* del *tema* y el *beg* del *sandjak*: encuéntrase con otros nombres los *clisurarcas*, *turmarcas*, *condes* y *duques* de frontera de los siglos bizantinos. Los feudos de *stratiotai* eran análogos á los *timars* y *ziam*, feudos de *spahis*.

Mandando los emperadores cristianos, cualquiera que fuese el abigarramiento etnográfico de ambas penínsulas, anatólica y balcánica, la unidad de confesión convertía á todos, helenos, albaneses, eslavos, rumanos, turcos y árabes, en «romanos» ortodoxos. El Islamismo no podía ejercer igual presión en todos aquellos pueblos; únicamente los helenos, eslavos, rumanos y turcos seldjukidas ó turcomanos, que atrasaron la ortodoxia musulmana, se convirtieron en otomanos. Quedaron frente á frente dos religiones, dos ortodoxias, la griega y la turca, ambas intransigentes; hubo como dos pueblos, de los cuales el vencido era mucho más numeroso.

Era imposible que un elemento absorbiera ó se asimilara al otro, por la oposición entre el Corán y el Evangelio, la media luna y la cruz.

Los osmanlíes, que tenían conciencia de su inferioridad numérica, se alarmaron más de una vez por aquella situación preñada de peligros para el porvenir de su poderío; los más violentos pensaban en destruir lo que no se podía asimilar. Se atribuye á Selim el Inflexible un plan de degollina en masa de los cristianos.

ESCLAVOS Y RENEGADOS; LOS VENCEDORES GOBERNADOS POR LOS VENCIDOS.—Los cristianos, como cristianos, no podían intervenir poco ni mucho en los negocios: como cristianos estaban excluidos del ejército y del gobierno. Pero también estaban excluidos del gobierno los otomanos: en Europa, tanto como los cristianos; en Asia, tanto como los

seldjukidas y turcomanos. El sultán gobernaba con sus esclavos. ¿Y cómo se reclutaban esos esclavos? Con incursiones en países enemigos, robando niños cristianos en los países sometidos. Entre los *bostandji* de sus jardines, los *kapidji* de su palacio, los guardianes de sus perros y animales raros, sus *itcho-ghlanes* ó pajes, llevados allí como esclavos, convertidos pronto al Islamismo, elegía sus oficiales, sus generales, visires y grandes visires. No eran éstos, según había ocurrido en otros tiempos, señores osmanlíes ó seldjukidas, como Khalil. Fueron visires y grandes visires, reinando Solimán: Ibrahim, albanés de Parga; Ayas y Lufti, albaneses también; Rustem y Alí-Bajá, dálmatas; Mohammed Sokoli (*sokol*, halcón en eslavo), bosniaco. Mandaban las escuadras: Dragut, hijo de un cristiano del Asia Menor (de Menteche); Pialé, croata; los hermanos Barbarroja, lesbios, y Simán, albanés. De 48 grandes visires, sólo 12 fueron hijos de musulmanes (1). Los vencedores eran gobernados despóticamente por chiquillos cristianos convertidos en la esclavitud y por renegados voluntarios, que no vieron en su abjuración más que el camino de la fortuna y que, llegados al poder, llevaban á la corte á sus parientes de Albania, de Grecia, de los países eslavos. Toda la gente osada, aventurera y poco escrupulosa que había en las razas conquistadas se entregaba al Islamismo: hasta un Manuel Paleólogo, el último del linaje imperial, «se hizo turco», como se decía entonces en Occidente. Hubo conversiones en masa, voluntarias todas, sobre todo en las clases de guerreros propietarios.

LOS CUATRO SOSTENES DEL IMPERIO.—Mohammed II, ó más bien su último gran visir, Mohammed de Karamania, había dado al imperio una organización sistemática con el *Kanún-Nameh*. Estaba fundada en el número cuatro, que es el de los palos que sostienen

la tienda. Los cuatro sostenes del imperio son los visires, los *cadi-el-asker*, los *defterdars* y los *nischandji*.

Primeramente no había más que un visir, «cargador» ó *factotum* del imperio, como lo fué Ala-ed-Din, hermano de Urkhan. Luego hubo un gran visir y dos visires. Al crecer el imperio, el número de éstos ascendió á tres en tiempo de Mohammed II, á cuatro reinando Solimán: éste creó un quinto visirato para el renegado húngaro Ferad. El gran visir fué un viceemperador, como lo había sido antes el visir único.

El militar turco no podía estar sometido únicamente á la *Costumbre*, ni al *Cheriat*, ni ser juzgado por el *cadi*. Necesitaba un estatuto y un juez para él (1). Desde el tiempo de Ala-ed-Din hubo un juez de los soldados ó *cadi-el-asker*. Reinando Mohammed II se nombró uno para Anatolia y otro para Rumelia. En tiempo de Solimán ambos dependieron del *gran-mufti* ó *Cheikh-ul-Islam*, contra cuyas sentencias no cabía apelación: así volvieron á entrar en la jerarquía religiosa.

Los *defterdars* eran los «tenedores de libros» (*defter*, libro) de las contribuciones. En tiempo de Mohammed II no había más *defterdar* que el de Rumelia, con un ayudante para las provincias de Asia. Más adelante hubo cuatro.

Los *nischandji* eran secretarios de Estado, y como tales, miembros del *Divan*. Más adelante dependieron del *reis-ul-kuttab*, «jefe de los escritores». Sustituyó á éste un *reis-effendi*, que fué una especie de ministro de negocios extranjeros, dependiente del gran visir. Auxiliaba al *reis-effendi* en las audiencias á los extranjeros el *divan-terdjman* ó gran drogman.

OTROS DIGNATARIOS; AGAES Y ULEMAS.—Además de los cuatro sostenes del imperio, había los *agaes* (de la palabra *aka*, antiguo) exteriores ó comandantes de tropas; interiores ó empleados superiores de la corte. Además había *ulemas* ó legistas. Los *agaes* exteriores eran: el agá de los genizaros, el de los azabs, los seis de caballería, el *topdji-baschi*, general de la artillería, *djebedji-baschi*, gene-

(1) Mahmud, el más inteligente de los grandes visires de Mohammed II, era hijo de un griego y una albanesa. Hersek-Ahmed-Bajá, yerno de Bayezid II, había sido patrio de Venecia. No sólo la casa del sultán, sino la de los altos dignatarios, eran como viveros, como escuelas de esclavos destinados á los altos cargos. Era casi una especulación: se criaban niños, se les enseñaba la música y la poesía, el arte de la guerra y la administración, con la esperanza de que algún día protegieran á sus patronos. El *defterdar* Iskander Chelebi tenía en su casa 6.000 esclavos: siete de éstos llegaron á visires y uno fué el gran visir Mohammed Sokoli.

(1) Así lo comprendió Timur, muy celoso por la ortodoxia.

ral de las municiones, y el *mehter-bachi*, maestro de campo general; estos tres correspondían á los *estratopedarcas* bizantinos.

Los *aguas* interiores, que eran casi todos eunucos blancos (*ak-aghalar*), estaban encargados del servicio de palacio.

Además de la guardia personal del sultán, los *solak* (arqueros) y los *peiks* (alabarderos que conservaban el traje de la guardia bizantina), había la guardia de jardines y barcas, los *bostandji*, que más adelante fueron 2.500; la de las puertas, *kapijji*, en número de 800. Había los 300 *khassaki* ó suboficiales; los *balakdjí*, compañía de 120 hombres; los *chauchs*, cuerpo de 630 hombres; el cuerpo de pajes (*itchoghlans*), que sumaba varios centenares.

Más íntima todavía era la guardia del harén, cuyos empleados todos eran eunucos negros (*kara-aghalar*), en número de 200. Su jefe era el *kizlar-aghassi* (guardián de mujeres).

Los ulemas eran los juriscultores; y, entendiéndose bien, que nos referimos al Cheriato ó ley religiosa. Unos eran verdaderos sacerdotes como los *imanes* ó sacerdotes de las mezquitas, los *almudanos* ó pregoneros de la oración desde lo alto de los alminares, los *khatebs*, que recitaban la del viernes para el soberano y los *kaimis* ó sacristanes. Los demás eran profesores de derecho. El jefe de todos era el *Cheikh-ul-Islam*. El *khodja* ó preceptor del sultán pertenecía á la corporación de los ulemas.

EL SOBERANO Y LA RELIGIÓN.—En Occidente y hasta en Bizancio había dos «mitades de Dios»: el papa y el emperador, el patriarca y el *basileus*. El pontífice tenía sobre el príncipe una supremacía espiritual, que podía limitar hasta su poder temporal. Nada semejante había en el Islamismo: se carecía de mediador legal entre el creyente y su Dios. Ni siquiera el *Cheikh-ul-Islam* ejercía autoridad sobre el sultán; no era más que un hombre que conocía bien la ley y tenía autoridad para interpretarla. Esta autoridad se empleaba en hacer que el cuerpo de los ulemas dictara *fatwas*, que eran sencillamente *responsa jurisprudentum*. El sultán podía pasar por encima de las observaciones de aquellos jurisprudentes, pero de todos mo-

dos ejercían una gran acción sobre la opinión de los creyentes. Los sultanes más feroces no se atrevieron á desafiar las representaciones del *Cheikh-ul-Islam*. Varias veces impidió que el Padishah sacrificara embajadores, é hizo respetar el derecho de gentes.

LA SANGRE DE OSMÁN: EL FRATRICIDIO DE ESTRADO.—De todos modos el sultán era siempre superior á la ley. Las personas de sangre imperial tenían todas las ventajas y todos los inconvenientes de esta situación extrañamente privilegiada. «La mayor parte de los juriscultores—dice el *Kanun-Naméh* de Mohammed II—han declarado que aquellos de mis ilustres hijos y nietos que suban al trono podrán mandar ajusticiar á sus hermanos, para asegurar el reposo del mundo; podrán, pues, obrar como correspondan.» El heredero del trono (*shah-zadeh*, hijo del rey) tuvo el derecho de hacer perecer á sus hermanos y sobrinos, pero nada le garantizaba de que uno de sus hermanos se le anticipara y le aplicara la misma ley. Todo hijo de sultán podía llegar al trono y estaba expuesto á ser estrangulado (1). En cambio, era tal el respeto del pueblo y los soldados á la sangre de Osmán, que un príncipe que había logrado destruir á todos los varones de su familia podía reinar seguro y tiranizar impunemente á sus subditos.

LA ADMINISTRACIÓN.—El imperio estaba dividido en *sandjaks* (banderas) ó *livas*. Los begs administraban sus provincias, mandando en los poseedores de *timars* y *zims*, explotando las *royas* (rebanos: este nombre se aplicaba á todos los campesinos musulmanes y cristianos). Estaban obligados á hacer buena justicia, á garantizar el orden, á pagar el tributo y á dar el contingente militar.

Mandaban á los begs los beglierbegs de Anatolia y de Rumelia; en ciertos momentos hubo uno para Karamania y uno para Hungría. El *capitan-bajá*, jefe supremo de la es-

cuadra, gobernador de las islas, encargado de las relaciones con los cristianos, subditos ó extranjeros, era una especie de beglierbeg del mar. Se llamaba *serasker* al generalísimo de un ejército en campaña. El título de *bajá* se otorgaba á los beglierbegs, á los begs más importantes, á los generales de ejército y hasta á altos dignatarios civiles. Se daba el nombre de bajalato á un sandjak grande ó á una reunión de varios sandjaks con el mismo jefe.

Como en todos los Estados musulmanes, los creyentes tenían que pagar al sultán el diezmo (*achur*) previsto por el Corán; los no creyentes estaban obligados al *djezje* (capitación); los bienes territoriales de unos y otros al impuesto (*kharaaj*). Las demás rentas principales del Padishah consistían en el producto de sus dominios, en su parte de botín de la guerra (el quinto de los esclavos); en los tributos (*tezma*) pagados por los vasallos y extranjeros; en las multas y confiscaciones, y finalmente en las aduanas. Los derechos de aduana se cobraban lo mismo á lo que salía que á lo que entraba. El sultán era el príncipe más rico de Europa, además de ser el más poderoso. Su renta anual era de 12 millones de ducados, cuando el mismo Carlos V no cobraba más que seis.

EL EJÉRCITO.—La creación de tropas regulares corresponde al visir Ala-ed-Din, hermano de Urkhan. Antes, los emires osmanles no tenían más que caballería irregular: los *akindji*, á modo de batidores, como los *guastadori* italianos. Éstos no se reclutaban más que en tiempo de guerra, y no cobraban más sueldo que el botín. Urkhan fué el primero que tuvo una infantería permanente y asalariada: los *yaya* ó *piadé* (peatones), casi todos musulmanes. Esta infantería no tardó en entregarse á los mismos desórdenes y exigencias que los irregulares. Entonces fué cuando Kara-Khalil-Cherendeli, tío de Urkhan, propuso formar una milicia compuesta de hijos de cristianos robados á su familia y á quienes había que enseñar á un tiempo la doctrina del Islamismo y el oficio de las armas. Se apoyaba en este texto del Corán: «Todos los niños, al nacer, tienen disposiciones para el Islamismo.» Sería una milicia esclava, análoga á la de los mamelucos,

pero toda de á pie; al crearse, recibió el nombre de *genti-cheri* (soldados jóvenes *genzaros*). Se cubría la cabeza con el gorro de fieltro blanco del célebre derviche Hadji-Beg-tach (fundador de la orden de los *beqtachis*), adornado con una cuchara, á guisa de penacho. La cuchara (análoga á la de los estudiantantes de las runas españolas) recordaba que los soldados comían la sopa del sultán. Los nombres de sus oficiales demostraban que el sultán les daba de comer. El coronel del regimiento se titulaba *chorbadi-bachi* (primer fabricante de sopa). Seguíanle el *achteh-bachi* (primer cocinero) y el *sakka bachi* (primer aguador). El punto de reunión de los soldados no solía ser el sitio donde estaba la bandera, sino las *ortas* ó marmitas donde se hacía la sopa y el *pilau*, con las cuales se cargaba en los desfiles de las paradas. La tropa que en la guerra perdía las marmitas quedaba deshonrada. Derribar las marmitas era señal de insurrección. Á todo el cuerpo de genizaros se le llamaba *Odjak*. El agá era su jefe supremo y autónomo.

Ala-ed-Din transformó á los antiguos *piadés* de tropa asalariada en atendados; cada uno de estos propietarios de feudo estaba obligado á conservar los caminos en buen estado y dar gastadores al ejército.

Creó una caballería permanente asalariada, que se compuso: 1.º, de cuatro escuadrones, que formaban la guardia de á caballo del sultán; dos de *whufedji* (jinetes á sueldo) y dos de *ghurba* (jinetes extranjeros occidentales); 2.º, de un cuerpo de *spahis* propiamente dichos (de *shah*, aurora: los que madrugan), cuyo efectivo, en tiempo de Mohammed II, fué de 10.000 hombres; 3.º, de *sithars* (gente de armas), que en la misma época ascendían á 8.000 jinetes.

Ala-ed-Din organizó además: 1.º, una caballería de *mosseliman* (exentos de impuesto), mandada por los *sandjak-begs*, y á sus órdenes por *binbachi* (jefe de mil hombres) y *subachi* (jefe de cien hombres); 2.º, con la misma jerarquía, una caballería de atendados, poseedores de *timars* y *zims*, éstos más extensos que aquéllos; el *timarieta* tenía que dar un jinete con dos ó tres hombres más, el *zaim* 19 ó 20 jinetes, el *sandjak-beg* millares de ellos. Todos estos feudos eran

vitalicios, pero transmisibles á los hijos varones. El sultán ascendía á los afeudados, promoviéndolos del *timar* al *ziam*, y de éste al *sandjak*. La herencia del feudo tendía á mantenerse en países seldjukidas.

Hubo, pues, en el ejército otomano: 1.º, infantería y caballería asalariadas: *genizaros* y jinetes de la Puerta; 2.º, infantería y caballería feudales: *piadé*, *spahis timariotas* ó *zaims*, y 3.º, caballería é infantería que no estaban asalariadas ni eran feudales: los *akindji* y los *azabs*. Los primeros eran análogos á las *compañías de ordenanza* de Carlos VII y á los *regimientos* de Enrique II; los segundos á las milicias feudales europeas del siglo XII; los terceros formaban un ejército puramente bárbaro.

Ala-ed-Din, con aquella creación de un ejército permanente, se anticipó 100 años á Carlos VII y en 200 á Enrique II.

De modo que el ejército turco tenía un sólido núcleo de infantería cuando no había ninguna buena en Europa. Tuvo también, antes que todos los demás ejércitos, un conjunto de tropas técnicas: artilleros (*topadji*), soldados de tren (*top-arabadji*) y armeros (*djebedji*).

LOS GENIZAROS.—Los genizaros no podían ser reclutados más que entre hijos de cristianos, súbditos ó prisioneros de guerra. Los vencidos, además del *djezyeh* y los demás impuestos y prestaciones, pagaban una especie de diezmo de sus hijos varones. Cada cinco años los agentes del sultán pasaban por los pueblos, reunían á los hijos de los aldeanos, se quedaban con la quinta parte de éstos, eligiendo los más guapos y robustos; aquello se llamaba la ley del *Devchurme*. No estaban exentas de aquel impuesto de sangre más que Constantinopla, Atenas, Rodas, algunas islas (garantizadas por las capitulaciones) y los mainotas. Los turcos habían encontrado así el medio de paliar su inferioridad numérica frente á los vencidos; se apoderaban de sus jóvenes para convertirlos en turcos. Djevad-bey justifica esta medida presentándola como un mero sistema de reclutamiento, análogo á nuestras quintas, y que ni siquiera demostraba que el sultán consideraba á cristianos y musulmanes como hijos de la misma patria, pero el

*Devchurme* nunca tuvo el carácter de ley igualitaria y los cristianos se negaban á considerar como patria el imperio otomano.

Las poblaciones helénicas y eslavas daban lo mejor de su sangre á la milicia, que aseguraba su opresión. Asombra que los vencidos pudieran soportar aquella tremenda exacción. Y, sin embargo, parece demostrado que muchas familias que conocían la rápida fortuna que hacían algunos de sus soldados se prestaban á los robos de niños, y que hubo también muchos chicos voluntarios que se anticiparon á la quinta. Muchos de estos convertidos eran más fanáticos que sus nuevos correligionarios y despreciaban más á los cristianos. En cambio, otros no eran musulmanes más que por fuera, y conservaban creencias y supersticiones de su país natal (1), sin tomar del Islamismo más que lo que les gustaba, bebiendo vino sin escrúpulo y obligando con sus clamores al piadoso Bayezid II á volver á abrir las tabernas. Lo que les daba un terrible espíritu de cuerpo era la fidelidad á su *sopa*, la obediencia á sus oficiales, la devoción á San Begtach, el cebo de un sueldo elevado, la esperanza del *donativum* ó del botín, la garantía del retiro en caso de vejez ó inutilidad, el orgullo de sentirse soldados y de creérselo permitido todo.

El cuerpo de genizaros se dividía en 165 *ortas* (época de Solimán), de efectivo variable, cada una con sus insignias, que los genizaros nuevos se apresuraban á tatuarse en los miembros.

Los genizaros tenían que habitar en el cuartel ó en las tiendas (*oda*). Se les prohibía casarse y dedicarse á ningún oficio ó comercio. En cambio disfrutaban grandes privilegios: el sultán estaba inscrito en la primera *orta*. Nadie les podía castigar más que sus oficiales, aunque fuesen sorprendidos en flagrante delito por el mismo gran visir. Los castigos (que eran cárcel, azotes y muerte) no se les podían aplicar en público.

(1) Juan Lascaris, en un discurso de 1525 á Carlos V, dice lo siguiente: «He tratado mucho con los genizaros... y entre estos valientes hay muchos que todavía sienten la afición y el recuerdo de la fe que aprendieron en su infancia.» Se aseguraba á Pablo Jove que Hersek-Bajá, el propio yerno de Bayezid II, sentía haber renegado del cristianismo, y todas las noches adoraba un crucifijo que de día tenía encerrado en un armario.

No dejó de crecer el número de genizaros; sin embargo, hasta en tiempo de Solimán, no pasaba de 12.000. Su turbulencia crecía á compás. Selim I, que ya no los podía aguantar, había tratado de cambiar su espíritu de cuerpo. En 1515, después de un motín, incorporó al *odjak* 7.000 de los servidores de su palacio, perreros, guardas de hurones, alanos y grullas. Debilitó la autoridad del agá de los genizaros, dándole como auxiliares un segundo comandante (*kul-kia-ya*, procurador de los esclavos) y cuatro tenientes.

La escuadra turca, desde la toma de Bizancio, fué la más poderosa del mundo. El Asia Menor le suministraba profusamente madera, cáñamo, alquitrán y lona. Pudo reclutar su gente en un litoral muy extenso y en innumerables islas, es decir, en cuanto había perdido desde el siglo XII el imperio bizantino. Tuvo millares de cautivos para que remaran en sus galeras. Tuvo también las galeras mayores y los más grandes navíos provistos de artillería formidable.

EL HARÉN Y SU INFLUENCIA; ROXELANA É IBRAHIM.—Parece que las mujeres del sultán, esclavas raptadas ó compradas, guardadas severamente en el fondo del serrallo por los eunucos negros, no habían de ejercer ninguna influencia en los negocios. En general, ocurría. Sin embargo, lo que avivaba las discordias entre los hijos del sultán era que, aunque del mismo padre, tenían diferentes madres. Se daba el nombre de *sultana-validé* á la madre del sultán, y de *sultana-khasseki* á la que le había dado un hijo. Luego venían las *khatun* (*cadinas*, *damas*), que todavía eran á manera de esposas; la *khatun* que tenía una hija se llamaba *khasseki-khatun*. Por último, había la muchedumbre de las *guedikli*, criadas del sultán, las *kass-odalik*, camareras, las *chaguidas* ó aspirantes á esos empleos, y un tropel de quinientas ó seiscientas mujeres, esclavas ó libertas, oriundas de todos los países.

En el reinado de Solimán hubo una mujer principalmente que hizo un gran papel, desastroso para el porvenir de Turquía. Durante una incursión que hicieron los tártaros en la Rusia Roja, se apoderaron de la hija del pope de Rogatino. Comprada para el ha-

rén del sultán, eclipsó inmediatamente á las demás mujeres, no tanto por su hermosura (estaban allí las mujeres más bellas de Circasia) como por su gracia, por la viveza de su ingenio y por su humor festivo. Se la llamaba *Khurrem* (la Risueña) y también *Roxelana* (acaso la Rusa). La sultana-khasseki de entonces, que era cherkesa, madre del príncipe Mustafá, adorado por el sultán, el ejército y el pueblo, sintió grandes celos de aquel favor inesperado, trató de luchar con la favorita y fué derrotada (1).

Roxelana llegó á sultana-khasseki. El embajador veneciano Bernardo Navagero aseguraba á la República que el Gran Señor, «contra la costumbre de sus antepasados, se había casado con ella». No fué solamente la favorita del sultán, sino su consejero más oído, y le hizo emprender la campaña contra Persia de 1548. Más adelante entabló con la sultana favorita del shah Tamasp una correspondencia curiosa, en la cual ambas rivalizaron en alabanzas hiperbólicas y metáforas orientales. Roxelana era una verdadera emperatriz. En Europa todo el mundo conocía su poder: unos señores polacos le mandaron con Opalinski, embajador de Segismundo I, una carta de felicitación, como á una compatriota. Su alegría ocultaba una ambición desmesurada, un peligroso espíritu de intriga y un alma vengativa. Después de haber hecho expulsar á la cherkesa, la emprendió con el príncipe Mustafá, heredero del trono. Empezó por conseguir que de su gobierno de Magnesia, muy cercano á la capital, fuese trasladado al de Amasia, adonde se tardaba veinticinco días en llegar. Luego se volvió contra el gran visir Ibrahim, amigo leal del príncipe.

Ibrahim era de origen albanés, hijo de un marinero de Parga; fué robado en su niñez por unos corsarios y vendido á una

(1) Un día se pelearon las dos mujeres. La cherkesa dijo á la rusa: «¡Traidora! ¿Carne vendida! ¿quieres rivalizar conmigo?» Y con las uñas le arañó la cara. En aquel momento el sultán mandó llamar á Roxelana, y ésta le envió el siguiente recado: «No soy digna de presentarme delante del amo; no soy más que una carne vendida, y con la cara arañada y arrancado el cabello, temería ofender sus miradas.» El sultán insistió en que fuera, y entonces se lo contó todo, derramando lágrimas. La cherkesa acabó de irritar al señor, contestando á sus reproches: «Más merecía que le hicieran; á esta esclava se le ha metido en la cabeza que todo el harén ha de inclinarse delante de ella.» Estas palabras irritaron al sultán, que no volvió á acercarse á ella. (Informe de Navagero, 1553.)